

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

NÚMERO 9.º—1.º DE DICIEMBRE DE 1876.

SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO.

Letras y literatos portugueses, II, por D. M. Menendez y Pelayo.—*Apólogo*, por D. J. P. y E.—*El peor bicho*, por D. José María de Pereda.—*A un mirador*, por D. Amós de Escalante.—*No mas fantasías sobre motivos de óperas*, por D. M. D. de Quijano.—*A la Gloria*, por D. Fidel Gonzalez de Bustamante.—*El Averiguador de Cantabria*.—*Sección bibliográfica*.

SANTANDER.

Imprenta de Solinis y Cimiano, Arcillero, 1.

1876.

GIMNASIO HIGIENICO.

Arrabal, 1, planta baja, Santander,

Queda abierta la lista de Sócios para los que deseen ingresar en este establecimiento, á cuyo frente se encuentra colocado como Director el conocido Profesor D. Fernando Fernandez.

Cuenta esta Sociedad con excelentes elementos para el desarrollo físico en general y de los músculos en particular, habiéndose suprimido en su salon el trapecio, aparato tan seductor como peligroso, para ser ventajosamente sustituido por los aparatos de traccion, la escalera ortopédica, etc., etc., y viniendo á quedar convertida esta Sociedad en un verdadero gimnasio higiénico, en el que nada falta para proporcionar á la juventud de ambos sexos y siempre más ó ménos linfática y atónica de la ciudad, la robustez y fortaleza físicas tan necesarias á los que, por exceso de trabajo intelectual ó por circunstancias especiales que sería prolijo enumerar, viven rodeados de malas condiciones higiénicas.

Horas de los trabajos:

De nueve á doce de la mañana, y de cuatro de la tarde á nueve de la noche.

Para las inscripciones dirigirse al Director, en el local del gimnasio y á las horas de leccion.

BOSETOS AL TEMPLE, por D. José M.^a de Pereda.—12 reales.

QUIEN MUCHO ABARGA POCO APRIETA, proverbio en dos actos, por don Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

LA AMARGURA DEL PLACER, drama en tres actos y en verso, original de D. Tomás Fernandez de Castro.—4 rs.

Se venden en la Administracion de este periódico.

LETRAS Y LITERATOS PORTUGUESES.

II.

SR. D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA.

Lisboa 31 de Octubre de 1876.

Mi carísimo amigo: No es muy halagueño ciertamente el estado actual de la literatura portuguesa. Los mismos hijos del país lo reconocen, y el hecho salta á la vista de cualquiera que haya saludado la historia intelectual de esta parte de la península española. El renacimiento verificado en este siglo compéndiase en Almeida-Garrett y en Herculano. El primero bajó al sepulcro há bastantes años: el segundo ha muerto del todo para las letras. Garrett, verdadero fundador del teatro lusitano, apenas ha tenido discípulos. Es verdad triste, pero verdad al cabo. No sé qué fatalidad pesa aquí sobre la escena, alimentada siempre de traducciones confesadas ó de plagios *inconfesos*. Con haber decaído tanto el teatro castellano, no ha llegado á esta infecundidad: suele faltar estudio de caractéres, de costumbres, de pasiones, esmero y conciencia artísticos, sentido moral, cuanto se quiera, mas nunca faltan ingénio, lozanía, originalidad y generosa abundancia. Pero en la mayoría de los modernos dramas portugueses falta todo esto, faltan hasta el arte del diálogo y el primor de la forma, llegando á tal punto el desconocimiento ú olvido de las condiciones estéticas, que todas las piezas, absolutamente todas, se escriben en prosa, y sé de buena tinta que es extraño y aun desagradable para este público el empleo de la metrificación en el drama. Sin ser yo de los que la consideran esencial ni mucho menos, tengo por clarísima señal de decadencia literaria esta absoluta proscripción de la forma más bella del lenguaje, en un pueblo meridional, rico siempre de poesía y de poetas, y dueño de uno de los más hermosos idiomas del tronco neo-latino.

Admiremos en hora buena la prosa incomparable de *El sí de las niñas*, de nuestro Inarco, ó del *Fr. Luis de Sousa*, de Almeida-Garrett, pero guardémonos de poner en manos de la medianía este cómodo recurso. Para que la prosa sustituya, y no con ventaja, al *habla de los dioses*, fuerza es que sea trabajada con singular esmero. ¿Y con lenguas ricas y flexibles, con metros fáciles y gallardos, para qué empeñarse en esa tarea difícil y casi nunca premiada con un éxito feliz? Porque al cabo los quilates estéticos de la prosa son inferiores á los del metro, y no se compensa con un poco de precisión la ausencia del ritmo. Trabajados además muchos de los dramas á que me refiero con precipitación harta, están casi del todo destituidos de condiciones literarias, y ni siquiera las suplen con los halagos prosódicos que suelen cubrir tan graves faltas.

El teatro francés, y á veces el nuestro, son las minas más explotadas por los dramaturgos lisbonenses. Con frecuencia traducen, otras veces hacen de dos piezas una, y en no raras ocasiones forman una taracea de escenas sueltas formadas de diversos originales. Aunque el lugar de la escena sea Lisboa, Oporto ó Cintra, las costumbres suelen tener de todo menos de portuguesas, y aun hay muchos dramas históricos de asunto nacional que solo tienen de tales el nombre, siendo así la trama como los accidentes de fábrica extranjera. Aun los autores más distinguidos han tropezado en estos yerros. Mendes Leal, que figura á la cabeza de todos, tiene algunos dramas trabajados con esmero, pero faltos de originalidad poderosa y de vida. Entre todos ellos se distinguen *A escala social* y *Os homens de marmore*. Algunas de sus piezas cortas merecen asimismo grandes elogios.

Lo novela tiene en Portugal más gloriosa vida que el teatro. Herculano inauguró el género histórico con su *Eurico*, libro bastante soporífero, con perdon sea dicho, y su *Monje del Cister*, cuadro animado y brillante de la sociedad portuguesa en tiempos de D. Juan I. Aventajados discípulos siguieron sus huellas, y Rebello da Silva mostróse superior á todos en *A mocidade de D. João V*, no igualada por el resto de sus novelas, ni por el *Arco de Sant' Anna*, de Almeida-Garret, ni por *Um anno na corte*, de Andrade Corvo, ni por el *Fernan Gonçalves*, de Oliveira Morreca, obras todas que son, á lo que entiendo, la flor y nata de la novela histórica entre nuestros vecinos. La de costumbres está representada casi exclusivamente por Castello-Branco, hábil narrador, dialoguista fácil, ingenio agudo, donoso y fecundo, pero que no es ni con mucho el primer novelista contemporáneo de la península ibérica, como aseveraba un diligente escritor, quizá

el primero que entre nosotros ha dado á conocer la literatura portuguesa. Castello-Branco, con todas sus innegables dotes, es inferior á Fernan Caballero, á Alarcon, á Valera, y á cierto literato montañés, grande amigo nuestro, que no es preciso nombrar, puesto que le conocemos todos.

Las *leyendas y narraciones* cortas de Alejandro Herculanó, no han tenido imitadores dignos de memoria. Quedan, pues, como únicos monumentos de este género *Arras por toro de Hespanha*, *A dama pe de cabra*, y *Obispo negro*, ricas en belleza de narracion y en conocimiento del estado social de las edades medias.

La poesía lírica es muy cultivada y con éxito grande, de igual suerte que en Castilla y en Cataluña. La tradicion *clásica* se rompió con la muerte de Antonio Feliciano del Castilho, decano y maestro de la pasada generacion literaria. Castilho es, sobre todo, digno de loa como traductor de los poetas latinos. Su version de las *Geórgicas*, á veces infiel y en lo general sobrado parafrástica y desleída, es un tesoro de lengua y de metrificacion, á pesar de emplearse en ella el monótono alejandrino pareado á la manera de los franceses. Sus versiones de Ovidio, no tienen rival en lenguas neo-latinas. Poeta fácil, abundante y lozano supo reproducir Castilho con fidelidad de pensamiento y riqueza de expresion los blandos y enamorados conceptos del sulmonense en sus elegías eróticas, los sueños encantadores de sus *Metamórfosis*, la prodigiosa y variada tela de sus *Fastos*. Era escelente latinista y señor absoluto de los tesoros de la lengua poética de su país, trabajada por generaciones de líricos clásicos, y tan apta como la nuestra y la italiana para la version de los modelos de la antigüedad. No llegó Castilho á terminar sus tareas *ovidianas* que con el *Horacio* de Búrgos comparten la gloria de ser las más preciosas joyas *clásicas* de la literatura *española* ó peninsular en este siglo. Solo han llegado á publicarse los *Amores*, el *Arte de amar*, los cinco primeros libros de las *Metamórfosis* y los *Fastos* completos y ampliamente ilustrados por más de cien escritores portugueses contemporáneos. Cierto que sus notas (que á veces son acabados resúmenes) no ofrecen originalidad grande, pero así y todo demuestran en Portugal algun movimiento *humanístico*. ¿Sería fácil encontrar entre nuestros actuales literatos *cien* comentadores para un poema latino? Castilho dejó inédita la traduccion del *Remedio de Amor*, hecha parafrásticamente y en forma lírica, y solo comenzadas las de las restantes obras de Ovidio.

Publicó además nuestro poeta una traduccion de Anacreonte, no directa, porque Castilho ignoraba el griego, sino

formada por el cotejo de varias interpretaciones latinas, castellanas y francesas. No pudiendo trasladar á la letra un texto para él cerrado, acudió al recurso de la paráfrasis; é hizo un *Anacreonte* nuevo, primorosamente versificado y muy agradable para oídos modernos, pero del todo apartado de la incomparable pureza de la forma jónica, sustituido en el intérprete lusitano por el atildamiento de los madrigales franceses y por la música de las canciones de Metestorio.

Vertió Castilho buena parte del teatro de Moliere, acomodándole en lo posible á las costumbres y á la escena de Portugal. Han llegado á imprimirse los arreglos perfectamente trabajados, del *Tartuffe*, *El Avaro*, *El Misántropo*, *Las Mujeres sábias* y *El Médico por fuerza*, y aun se ha representado con escaso éxito *El Enfermo de aprension*. No me extraña que agraden poco á un auditorio peninsular las comedias de Moliere que hasta en la lectura se hacen pesadas y soñolientas, con perdon sea dicho de los franceses. Por lo demás, con tanta destreza y gusto están hechas las refundiciones de Castilho que para lectores españoles son sin duda más agradables que los originales galicanos, aconteciendo en este caso lo mismo que con las dos comedias del Menandro frances trasladadas á lengua y teatro castellanos por Moratin.

Y ya que de Castilho y de sus traducciones hablo, no dejaré de indicar, puesto que esta es ocasion oportuna, que dejó vertidos los veinticuatro primeros capítulos del *Quijote*, impidiéndole la muerte llevar á remate su trabajo. Y aquí sí que no merece alabanzas, pues lójos de *calcar* el texto como debiera, dada la hermandad, semejanza y hasta *identidad* de las lenguas, salvo en las desinencias, tendió á alejarse cuanto pudo de la frase cervantina, aspirando más al título de libre y descuidado *parafraste* que al de fiel y concienzudo trasladador. Es muy de censurar esta falta de respeto con la obra inmortal, cuando cabalmente si á alguna lengua es traducible, éslo tan sólo al portugués y al catalán, y más al primero de estos romances peninsulares que al segundo.

Pero volvamos á Castilho considerado como poeta lírico, ya que insensiblemente me he venido apartando de sus versos para tratar de otras obras suyas. Sus composiciones originales no están á la altura de las traducidas. Pertenecen á un género arcádico y sentimental pasado de moda, bueno para los tiempos de Delille y de Florian mas no para los de Byron, Leopardi y Heine. En la *Primavera*, en el *Otoño*, en las *Cartas de Eco y Narciso*, en *Amor y Melancolía* hay verdadero sentimiento á veces, abundancia descriptiva tal vez monótona, delicadeza de forma, tesoros de lengua, magia de estilo, mas no grandeza ni profundidad ni alcance. Son ver-

sos agradables pero nada más, escelentes obras académicas, dignas de estudio y de alabanza, pero que ni en bien ni en mal pueden influir en una literatura.

Alteza de pensamientos y robustez de versificación caracterizan á Herculano en *A harpa do crente*: dureza, monotonía, escasa variedad de recursos artísticos son sus defectos, así en prosa como en verso. Pero en *A Arrabida*, *Deus*, *A cruz mutilada*, sube la inspiración religiosa muy alto y se sostiene sin decaecimientos: es Herculano de los pocos líricos modernos que puede oponer Portugal á los de otros países. La enérgica individualidad del grande historiador se levanta siempre sobre el nivel de las letras lusitanas en esta era.

Algo de Millevoeye, y bastante de los *lakistas* ingleses tenia Soares de Passos, una de las más floridas y malogradas esperanzas del Parnaso lusitano.

Mucha celebridad obtuvieron años pasados los *Murmurios* de Augusto Lima, poeta tierno y quejumbroso, el *Cancionero* de Juan de Lémus, entusiasta y simpático cantor de la religión y de la patria, las *Voces del alma*, de Silva Braga, y aun ciertas obras medianas como los *Soldaos*, de Serpa Pimentel. Pero ni estos poetas, ni otros que han corrido con aplauso como Palmeirín y Gomes de Amorim, tienen condiciones para adquirir gran celebridad fuera de los lindes del reino de Alonso Henriquez. Hoy uno de los más populares es Tomás Ribeiro, agradable, variado y ameno, aunque incorrecto y desigual en la forma. Su celebridad más que á *sons que passain*, coleccion de versos líricos de regular merecimiento, y á *la Delfina do mal*, débelo á otro poema titulado *D. Jaime*, desconcertado en el plan y en la estructura, y lleno de invectivas contra Castilla y contra la dominación de los Felipes en tierra lusitana. A estas circunstancias, más aun que á ciertas bellezas parciales, debe ese poema su éxito portentoso. Otro de los ingénios portugueses más dignos de recuerdo es Bulhao Pato, poeta espontáneo y rico, versificador escelente. Un nuevo camino quiso seguir Teófilo Braga, cuyas dotes de poeta, con ser notables, están muy por bajo de las que le adornan como crítico é historiador literario. Ha obedecido á la manía general en este siglo, de los vastos poemas *cíclicos*, *sociales* y *humanitarios*, que encierran en breve compendio *lo que ha sido*, *lo que es* y *lo que será*, á juicio de sus autores. Los poemas de Teófilo Braga quieren ser la síntesis histórica más amplia y comprensiva, y por necesaria consecuencia son vagos, aéreos, nebulosos, llenos de reminiscencias estrañas, y tan poco *unos* y consecuentes en el plan, que en ocasiones parece que ni el autor mismo sabe

por dónde camina. Hasta los títulos suelen ser estrambóticos: *Vision de los tiempos*, *Tempestades sonoras*, *Torrentes*. ¡Pero qué tesoros de imaginación hay en algunos de esos poemas, especialmente en el titulado *Las cenas de Neron*, comprendido en el libro de las *Tempestades*, si mal no recuerdo!

Castilho vió con disgusto el giro que daban á la poesía portuguesa Braga y otros estudiantes *coimbricenses* levantiscos y revoltosos, nada correctos en la forma, y muy despreciadores de la tradición literaria por él representada. Entablóse con este motivo ágría polémica, en que Teófilo y sus amigos mostráronse violentos hasta el extremo, faltando quizá á las consideraciones debidas al venerable anciano y eminente poeta. A Braga debe durarle el enojo contra Castilho, pues aún se trasluce en muchos volúmenes de su *Historia de la literatura*.

Por lo raro y singular del pensamiento, y aun por el mérito de ciertos pormenores recordaré otro poema también de los *trascendentes ó trascendentales*, debido á la pluma de un Sr. Guerra Junqueiro, y titulado *La muerte de D. Juan*. Propónese en él desprestigiar y matar moralmente á ese tipo legendario del libertinaje, entregándole *como á cualquier bandido á la policía correccional*. El fin es laudable, aunque los medios no me parecen siempre los más oportunos. Creo que algo de este poema ha de andar traducido al castellano.

Por lo demás, continuamente están saliendo de las prensas de Lisboa, Coimbra y Oporto, tomos y tomos de poesías líricas, frutos de la mocedad estudiosa ó distraída, ataviados siempre con los nombres de *Saudades*, *Magoas*, *Dores*, *Folhas verdes*, *Tristezas*, *Preludios* y otros semejantes. Lo mismo acontece entre nosotros: en esto, como en todo son españoles los portugueses. La verdad es que hay mucho ingenio perdido en las innumerables colecciones de versos que cada día produce la península y sus colonias unidas ó separadas; pero ¿quién tiene valor para engolfarse en ese piélago poético? El ingenio es lo más abundante y lo que más se desperdicia y ménos se estima entre los individuos de la gran familia española.

El Brasil es aun más rico que Portugal en poetas líricos, y los ha tenido de primer orden, como Gonçalves Dias, en lo que vá de siglo. La literatura brasileña, aparte de sus ingenios más esclarecidos, no es tan conocida como debiera en su antigua metrópoli. Algo de eso nos sucede á nosotros respecto á los ingenios de las repúblicas hispano-americanas.

La producción científica no corresponde en Portugal, ni con mucho, á la literaria. No se cultiva ó se cultiva mal la

filosofía. Por maravilla aparece un tratado de Metafísica, y hasta faltan cátedras formales de la ciencia de las ciencias, cuya enseñanza parece estar reducida á los *elementos* que se dan en los *liceos* ó institutos de segunda enseñanza. La tradición científica española está desdichadamente rota así en Portugal como en Castilla, y aquí todavía más por el aislamiento y separación á que voluntariamente se han reducido. Las doctrinas extranjeras entran naturalmente como en país conquistado y sin elementos de resistencia, pero entran siempre tarde, mal y confundidas unas con otras, todavía más que en España. La juventud revolucionaria y amiga de novedades, está generalmente por las brutales doctrinas *positivistas*; el *materialismo* y el *dinamismo* les seducen; y Comte, Littré, Moleschott, Büchner y otros *sábios* del mismo calibre son sus oráculos; lo mismísimo que vá sucediendo en Castilla. Y es muy de notar que con frecuencia los secuaces de estas altas doctrinas, *última palabra de la ciencia*, las mezclan y confunden con algo de las fantasmagorías germánicas, sin duda porque el idealismo y el materialismo, aunque bramen de verse juntos, se parecen en ser máquinas de guerra contra las *viejas creencias*. *Evolucion de la idea ó evolucion de la materia*, todo es al cabo *evolucion*, todo es *devenir ó llegar á ser*, categoría que, según Renan en su *Averroes*, ha desterrado la antigua del *ser* ó de lo *absoluto*. Medrados estamos con volver á la *scientia fluxorum* de los sofistas griegos. Pero todo esto no es del caso, y solo lo es advertir que estos vapores se han subido á algunas cabezas portuguesas, siendo lo peor que no hay aquí estudios sanos de filosofía que puedan contrarestar la mala influencia. El *espiritualismo francés* es, aparte de sus yerros, flaca defensa: y apenas ha penetrado en las aulas lusitanas el *neo-escolasticismo*, tan floreciente hoy en algunas partes. El renacimiento filosófico, aquí como en el resto de la península, debiera comenzar por la restauración de nuestra antigua ciencia, exponiéndola en forma moderna, y tomándola por base y punto de partida para nuevas especulaciones.

Aquí no están muy al tanto de nuestra actividad intelectual contemporánea. He observado con placer que corren traducidas y reimpresas las obras de Bálmes, y que ni de nombre son conocidos muchos de nuestros krausistas. ¡Felicidades los que nunca han leído la *Analítica* de Sanz del Río! Mil veces héroes y mártires los que han podido con ella! He oído á algunos portugueses admirarse de que entre nosotros hubiese tenido secuaces una cosa tan rancia y trasnochada como el krausismo. Y como Portugal no va ciertamente á la cabeza de la civilización, calcule V. el alcance de este dato.

Creo, sin embargo, que por ahora estamos libres de esa plaga, y que el peligro amenaza seriamente por otro lado.

Herculano ha creado, digámoslo así, la historia portuguesa. Y no es que yo le admire incondicionalmente como algunos, ni esté conforme con muchas de sus ideas y apreciaciones, que me parecen de todo punto falsas ó estremadas. Su libro *Del origen y establecimiento de la Inquisición en Portugal* es un folleto revolucionario, lleno de declamaciones, escrito con la mayor destemplanza, sin penetración bastante del espíritu de los tiempos, y enderezado á un fin claramente político, que por cierto el autor no se toma el trabajo de ocultar. Hay riqueza de datos y buen juicio en cuestiones particulares, pero en general el libro pertenece de lleno á la *literatura progresista*. Es de sentir que tan claro talento se haya convertido en eco de los declamadores de plazuela. Donde Herculano se muestra verdaderamente historiador es en su comenzada y no concluida crónica de su país. Sólo se han impreso de esta obra cuatro tomos que alcanzan desde Alfonso Henriquez hasta Alfonso III inclusive. Los dos primeros volúmenes y parte del tercero abrazan la historia *externa*, el resto de la parte publicada se refiere á la *interna*, y especialmente al origen del *municipio* en la península, institución que Herculano ha examinado á conciencia y con *amor*. En este análisis estriba principalmente la celebridad de su libro, que por lo demás ofrece poca materia de censura, y mucha, muchísima de alabanza. Alguna vez se vislumbra la mala voluntad del autor hacia la Iglesia, y es de recelar que esta descaminada tendencia hubiese dominado más en la continuación de la obra, suspendida en parte por los disgustos que ocasionó al autor la acerba polémica sobre el milagro de Ourique, en la cual él se mostró tan intolerante y virulento como sus más descomedidos adversarios. A Herculano se debe, entre otros utilísimos trabajos, la publicación de los *Monumenta portugalliae historica* y la de los *Anales de Don Juan III*, escritos por Fr. Luis de Sousa.

Dos historiadores más debo registrar en esta carta. El elegante y fecundo Rebello da Silva escribió la *historia* de su país *en los siglos XVI y XVII*, con viveza de colorido y amenidad de estilo. Más tarde ha trazado Latino Coelho el cuadro de la administración de Pombal y de los primeros años del reinado de Doña María I la *Piadosa*, y lo ha hecho de mano maestra. Hoy continúa su trabajo y pronto dará á la estampa el segundo volumen que abraza ya los comienzos de la *guerra peninsular ó de la independencia*, como decimos nosotros. Hasta su conclusión en 1814, piensa estender su libro.

¡Qué ingenio tan vário, flexible, rico y verdaderamente es-

pañol es el de Latino Coelho! ¡Qué claridad de entendimiento y qué viveza de fantasía! Le son familiares casi todas las lenguas de la Europa moderna, y es al par docto en la literatura clásica, de lo cual bien pronto darán gallarda muestra su traducción del discurso de Demóstenes *por la corona*, y el brillante ensayo crítico sobre la civilización griega, que á modo de introducción, le precede. Escribe el portugués como pocos y el castellano con pureza suma, y pasa de las ciencias exactas y físicas á la literatura con naturalidad y sin violencia. Es lástima, sin embargo, que haya distraído su atención á estudios tantos y tan diversos, mezclados además con los afanes, triunfos y reveses de la política. Teófilo Braga, ya nombrado como poeta, ha alcanzado fama más universal y ménos contestada con su *Historia de la literatura portuguesa*, de la cual ván estampados ya catorce volúmenes. El cúmulo de datos es grande, las apreciaciones de conjunto sagaces con frecuencia, el método no muy claro ni consecuente, la tendencia á generalizar excesiva, las cuestiones extrañas al objeto de la obra bastantes, las repeticiones demasiadas, el *sentido* (como dicen los krausistas) estrecho, la apreciación *estética* postergada á la *histórica*, el talento del autor clarísimo, sus preocupaciones y errores muy graves, y es con todo su libro una de las fuentes más copiosas para la historia literaria de España que ha enriquecido con olvidadas noticias é inducciones muchas veces felices. Pienso dedicarle en ocasión más oportuna el detenido análisis que merece, apuntando sus faltas, y haciendo notar á la vez sus indudables esencias.

Fuera de este gran trabajo de historia literaria, Portugal no ofrece cosa notable en tal género de escritos. Posee como tesoro de indicaciones y noticias el *Diccionario bibliográfico* de Inocencio da Silva, impreso en siete tomos, á los cuales han de agregarse dos, ya publicados, de *suplemento*, y quizá otros dos que por muerte de aquel infatigable y heróico erudito quedaron inéditos. Espérase que vean pronto la luz pública. Con este riquísimo *Diccionario* y la antigua *Biblioteca* de Barbosa Machado queda ilustrada la biografía lusitana más que la de ninguna otra region de la península española.

La crítica, digámoslo así, *militante*, se ejerce en los periódicos con más ó menos imparcialidad y conocimiento de causa. Han brillado en este género Lopes de Mendonça, Luciano Cordeiro, Julio César Machado y algun otro. La erudición clásica en lamentable decadencia, poco más ó ménos como en el resto de España. Un solo helenista, y mediano, alguno que otro latinista *del antiguo régimen*. Es cosa triste lo que sucede en nuestra península. De seguro que las cria-

das de Luisa Sigen sabian más de letras griegas y latinas que muchos sábios de hoy que nos *iluminan y deslumbran* con los resplandores de su ciencia.

Aun me queda que decir bastante, pero se guardará para otra carta, y quiera Dios que esta no desagrade á V. y á los lectores de ese *papel volante* que contra viento y marea sostiene, como un héroe, nuestro amigo Mazon.

Adios: trabaje V. mucho y acuérdesese siempre de su apasionado amigo, admirador y paisano.

M. MENENDEZ Y PELAYO.

APÓLOGO.

Un labriego se dolía
al ver su mísera hacienda;
pues otro haber no tenía
que un cerezo, que crecía
junto á su propia vivienda.

—
Treguas buscando al pesar,
su mente puso en tortura;
dió el árbol en contemplar,
y en él llegó á imaginar
una soberbia escultura.

—
Aunque tosco era el labriego,
tenia en sus manos fé,
y sordo ya á todo ruego,

oró.... cogió un hacha luego,
y al árbol dió por el pié.

Y á labrarle comenzó,
sin duelo al llanto profundo
de su mujer, que no vió
que á Fidias un mármol dió
renombre eterno en el mundo.

El tiempo huellas dejando
iba entretando corriendo;
la mujer siempre llorando,
el artífice labrando,
y el tronco vida adquiriendo.

Y un día, dichoso día
en que todo gloria fué,
después de tanta agonía,
del rudo tronco salía
la imagen de San José.

Y tanto el arte trasporta,
tal su mérito dá en ojos,
que aquella mujer absorta,
aunque era su vista corta,
cayó ante el santo de hinojos.

Mas el pueblo, que miraba
trocado en santo el frutal,
ni en su culto le aceptaba,
ni las puertas le franqueaba
de la iglesia parroquial.

Y para mayor quebranto
el concejo fué un tropiezo,
pues declaró con espanto
que aquel santo no era santo
porque antes era un cerezo.

Y al fin un prior reverente
de un convento no lejano
llegóse... apartó la gente,
pagó el santo largamente
y dió al artista la mano.

Y con gran ceremonial

fué conducida al convento
la imágen, que era ella tal,
que, mas que obra de un mortal,
era de Dios un portento.

—
Lectores, parece broma,
mas no hay verdad más completa
que la que encierra este axioma:
« desde que murió Mahoma
nadie en su pátria es profeta. »

—
Tronco, por su imperfeccion,
el hombre al nacer se muestra,
y el buril de la instruccion
logra, en más de una ocasion,
trocarle en obra maestra.

—
Mas aunque sea un encanto,
los que le han visto nacer
nunca le tienen en tanto;
que no nos parece Santo
quien era cerezo ayer.

—
Y es que no vemos derecho
lo que á nuestro lado brilla,
y que del vulgo á despecho,
tal vez de un cerezo ha hecho
el arte una maravilla.

J. P. y E.

EL PEOR BICHO.

Si cambiándose un día las tornas, ó trastrocándose los poderes, fueros y obligaciones entre los seres condenados á purgar sobre la pícara tierra el delito de haber nacido, se tomará residencia por los que hoy son sus esclavos al tiranuelo implume, al bípedo soberbio que habla y legisla de todo y sobre todo de tejas abajo, y aun á las veces osa levantar sus ojos profanos más allá del campanario de su lugar, como si todo le perteneciera en absoluta indisputable propiedad, magnífica lotería le iba á caer.

Y cuenta que no hablo del hombre encallecido en el crimen; ni del á quien la altura de su poderío hizo desvanecerse y desconocer la índole y naturaleza de sus gobernados; ni del guerrero indomable á quien embriaga la sed de una funesta gloria, y han hecho creer que ésta puede fundarse alguna vez sobre montones de cadáveres mutilados y de ruinas humeantes: refiérome al hombre vulgar, al hombre *de la familia*, y por tanto no excluyo á las mujeres ni á los niños; tomo, en fin, por tipo para mis observaciones al *hombre de bien*, á la *mujer de su casa*, al *niño cándido*; y empiezo por asegurar que ninguna de estas criaturas se acuesta una sola noche sin un delito que, en justa represalia, no le costará una mano de leña, cuando no el pellejo, si se suspendieran las garantías que hoy nos mantienen en despótico dominio sobre los irracionales y tocára á estos empuñar el látigo.

No pretendo ser el descubridor de esta verdad manoseada en fábulas y alegorías hasta el infinito; pero *nihil est novum sub sole*; y si la forma de mi breve tarea lo parece, en ello doy cuanto puede exigírseme.

Hemos de convenir *préalablement*, ó más claro, de antemano, en que todo bicho viviente tiene su sensibilidad física como el hombre, y, á falta de razón, un instinto que le hace amar la vida y aterrarse enfrente de todo peligro de perderla; y hay que conceder forzosamente que el frío, el hambre,

la sed, la fatiga, la persecucion, los palos y las heridas atormentan á los irracionales, en lo físico, lo mismo que á nosotros.

Esto entendido, recordemos algunos de los actos de *ferocidad* más comunes en la vida del hombre con respecto á las demás especies.

¿Han visto ustedes matar un cabritillo? Yo sí, tentado del demonio de la curiosidad. La tímida bestezuela lamía, con su lengüecita roja y brillante como una cinta de raso, la mano del pedazo de bárbaro que la sujetaba, y cuando éste hundió en su cuello, blanco como la nieve, medio palmo de navaja, el pobre animal gimió con la angustia de un niño delante de un objeto horrible; lanzó despues algunos quejidos débiles, suspiró trémulo y cerró los ojos con que poco antes parecia implorar el perdon del carnicero.

Siempre que veo *diariamente* conducir centenares de estas reses al matadero, recuerdo con verdadero disgusto aquella escena, que me he guardado muy bien de volver á presenciar.

Nada más corriente y acreditado entre nosotros que el caldo de gallina: este líquido que se administra cincuenta veces al dia á los enfermos, y se recomienda como sustancioso, á todas horas, y se usa á cada veinticuatro en la cocina de la gente que sabe y *puede* cuidarse. Y ¿se han fijado ustedes con atencion en los preliminares que exige *la costumbre*, para obtener el susodicho caldo? Pues no tienen malicia, que digamos. Se coge la gallina, la coloca una fregona incivil entre sus rodillas, le pliega el pico sobre el estómago, y con un cuchillo, de ordinario roñoso y desportillado, le sierra el cráneo por la mitad. No cabe suplicio más feroz... ni más frecuente.

El que se emplea en los mataderos con el ganado vacuno, es más breve; pero en cambio, es tal la cantidad de reses sacrificadas en ellos diariamente que se engulle la Humanidad, que debiera, siglos hace, haber puesto en alarma á la especie, no obstante lo bestia que es.

Y ¿qué diremos del señor de la Cerda, del apreciable individuo de la vista baja, en sus postrimerías? ¡Cuánta iniquidad se comete con él! Tan mimado, tan cebadito durante el año, ¿para qué? Para dar con una muerte ignominiosa ocasion á una fiesta de vecindad, para ofrecer su agonía por blanco á la burla, á la sátira y al escarnio de un barrio entero... y no es exageracion. En los pueblos rurales que yo conozco entran por docenas las personas que rodean á la cerdosa bestia en su último trance: unas para atesar las cuerdas que la impiden moverse y hasta gruñir, otras para tener por las cerdas del lomo, varias con ellas para cargarse sobre la

mole y sujetar su cabeza contra el poyo en que yace todo el cuerpo, quien para revolver la sangre cuando salga, quien, en fin, para los preparativos de cada operacion de las subsiguientes al sacrificio. En medio del grupo descuella el matarife que comienza su tarea lavando la garganta del *reo* y raspando en seguida la parte lavada con un cuchillo que no mide ménos de dos piés de hoja; fija despues la afilada punta en un hoyuelo que forma el tocino cerca del pecho, y ¡chiff! le sopla dentro media vara de hierro, saliendo por la herida acto continuo un torrente de sangre que se precipita en una caldera por el mango del cuchillo y sobre la mano que no le suelta. Ni las ligaduras, ni el peso que le oprime en tan crítico instante impiden al herido animal darse un par de revolcones sobre el poyo y lanzar un gruñido que dura dos minutos. Cuando la sangre fluye en menor cantidad, el matador revuelve bonitamente el arma buscando á tientas el corazon, y ¡figúrense ustedes lo que pasará allá dentro! A la cuarta ó quinta *calicata* de esta clase espira la víctima entre la rechifla, los puñetazos y los improprios de sus matadores, que le hacen esta despedida por todo consuelo. Vienen despues la chamusquina y las fricciones de teja, y la apertura en canal, y el desbandullamiento, y el disputarse el rabo y la vejiga los chicos de la casa; y en estas y otras operaciones se pasa todo un día. Al siguiente se *destocina*, ó descuartiza, y se salan los pedazos, y se hacen los chorizos, y dura aun la broma y el buen humor en torno á los sangrientos despojos media semana.

Aunque la forma de estos y otros *delitos* que no quiero citar por no hacer de este artículo una carnicería, lleva en sí todas las condiciones de alevosía, ensañamiento y premeditacion que tan duramente castiga el Código cuando la víctima es un hombre, éste se ha ido acostumbrando á ellos, cediendo á las exigencias de una supuesta *necesidad* que le obliga á comerlos.

Pero si admitimos como razon atenuante esta salvedad, hay que convenir en que otros mil que diariamente consume el mismo tirano son penables á todas luces.

Por ejemplo: D. Serafin Rosicler es un rentista, modelo de los hombres pacíficos y morigerados; ni se enfada, ni juega, ni fuma, ni murmura. Vive perfectamente con su mujer y sus hijos y para sus hijos y su mujer. Por única diversion, extraña al régimen doméstico, se permite salir todas las mañanas muy temprano á tirar cuatro perdigonadas á los pajaritos de su huerta. Y estos pajaritos son, segun las estaciones, la tórtola, el gilguero, la golondrina ó la calandria; es decir, lo más bello, lo más inofensivo y tímido de la volate-

ría. Pero D. Serafin, como todos los cazadores, hiere con más frecuencia que mata; y cuando hace el recuento de sus víctimas para volverse á almorzar, entre los seis ú ocho pájaros que contiene su morral, halla tres ó cuatro que están vivos, aunque con un ala rota ó el pecho atravesado.—«Estos para los niños,» exclama lleno de satisfaccion el *seráfico* rentista. Y al llegar á casa entrega gozoso á sus *inocentes* retoños los inválidos animalitos. Los cuales, aletargados por el dolor de sus heridas, apenas se mueven al variar de poseedor; y como esta circunstancia no divierte á los rapaces, cada uno examina el que le pertenece pluma á pluma y hueso á hueso. Así consigue tropezar con el ala rota ó con la patita hecha astillas, á cuyo brusco contacto el pobre animalito se estremece y abre el pico y quiere extender las alas. ¡Felicísimo descubrimiento. El angelito ya sabe cómo poner en actividad aquel cuerpo inerte. Y tira que tira de la pata ó del ala, ó pincha que pincha la herida, se pasa medio día, hasta que no hallando chiste en la tarea, comienza á aporrear los muebles de la sala con la cabeza del pájaro, ó le echa, vivo aun, á la lumbre, ó le ata al extremo de un cordel para que el gato le vaya destrozando poco á poco.

Don Cleofás es un sábio y estudia incesantemente las funciones del estómago, la circulacion de la sangre y la actividad de los venenos; y como gusta de ver las cosas con sus ojos y no con los de la ciencia, tiene la casa llena de animales que le *ayudan* en sus experimentos. Quiere estudiar, por ejemplo, la *virtud* de un tósigo que ha estraído de la planta *a* ó *b*; vá al corral, atrapa un conejo, le lleva á su gabinete, le aplica á los ojos, ó á la lengua, ó á una herida que al efecto le hace, una pluma mojada en el veneno, y si éste es fino, el animal cae como herido del rayo; pero si es lento, allí le tienen ustedes un día ó una semana sufriendo horrores y presentando á cada instante *síntomas* que el sábio devora con ansiedad febril. Para estudiar la circulacion disea á un pollo, ó á un perro, ó á otro conejo, una arteria, le pasa una lámina de cristal por debajo; y al microscopio en seguida. Si vé entonces lo que deseaba, yo no lo sé; pero es evidente que el suplicio del animal que le sirve en la experiencia debe ser morrudo. ¡Y cuando le lleva su fanatismo hasta el extremo de querer estudiar los fenómenos de la digestion *sobre el terreno*, y para conseguirlo abre al perro ó al gato un boqueron en el pecho hasta dejar descubierto el estómago, ó taladra quizá esta víscera y le encaja dentro un aparato de su invencion capaz de ver, palpar, y analizar los jugos... y qué se yo cuántas cosas más?

Cierto es que con tamañas atrocidades dicen que ha gana-

do y gana todos los días mucho la ciencia; pero también es verdad que la vida humana sigue tan achacosa y breve como antes, y á esto me atengo. Juzgo, pues, punto ménos ocioso que el delito de cazador de pajaritos, el de los sábios que sacrifican centenares de víctimas al afán de sorprender á la naturaleza animal un secreto que, aun después de descubierto, no había de hacer más feliz á la humanidad.

Juan es un jornalero que se gana el sustento con el trabajo de un par de bueyes que le pertenecen. Parece natural que Juan tuviese los cinco sentidos puestos en aquellas mansas bestias que son su pan y su abrigo, y que las mimase como á las niñas de sus ojos. Pues no señor: todos los días les pega dos docenas de palizas, una cada vez que, por arrastrar más carga que la que pueden sufrir, resbalan en el repecho de una calle adoquinada, y besan repetidas veces el duro suelo hasta sangrar por los hocicos.

Lo que hace Juan con los bueyes, hace Pedro con un caballo que también le sostiene con su trabajo. Palo para que ande, y más palo si se pára ó si tropieza.

Cuando los bueyes se caen de viejos, Juan los engorda un poco y los envía al *matadero*.

La recompensa que dá Pedro á las fatigas de su caballo, que le ha servido diez ó quince años, es aun más digna de la ingratitud de la raza humana; se le vende por un puñado de pesetas á un contratista de la plaza de toros; y dicho se está con esto que Pedro es español; y por ende acude solícito á la corrida en que sale á la arena su caballo con los ojos vendados, para que no vea el peligro á que le expone el picador que le monta, al acercar su pecho indefenso á las astas de la fiera, que á la primera embestida le arroja al suelo y le desgarrá el vientre. Pedro no pierde ripio de esta escena, y al ver á su caballo levantarse aun, merced á los palos que se le administran, y al contemplar cómo el noble bruto, sin exhalar un quejido, pisa y desgarrá sus propias entrañas, pateá frenético y grita pidiendo ¡más caballos! y llama, porque tardan un instante en aparecer otro par de ellos de refresco, *ladron* al empresario, *pillos* á los picadores, *tunantes* á los chulos y *estúpido* al presidente; pero no vomita estos improperios porque se haya desbandullado á su caballo, no señor, sino porque el toro, que tal hizo en tan breves instantes, promete hacer mucho más, y es un dolor que no se le ofrezca prontamente abundancia de víctimas. Y la prensa *ilustrada*, al siguiente día, cuando revista la función, al llegar á este toro que destruyó siete caballos ó hirió á tres lidiadores, le llama *bueno* y *voluntarioso*, y al pobre jaco de Pedro, *sardina*, *alehuja*, *oblea* y otras *trasparencias* por el estilo: del

picador que lastimó con el hierro *indebidamente* el cuello de la fiera, y á la cual debió el pobre hombre el salir vivo de la *suerte*, dice que es un *tumbon* y que el presidente debió enviarle á la cárcel.

Si los caballos supieran leer, no podrían ménos de simpatizar con los periodistas que, en su empresa de difundir la luz de la civilizaci6n por todos los rincones del globo, consagran diariamente largas columnas *ad maiorem gloriam* de la celeberrima *fiesta nacional*.—«En los círculos taurinos, se dirían, se nos trata inficuamente; pero tambien es verdad que allí es donde vemos al hombre medir á su semejante con la misma vara que á nosotros, animado contra él de mayor ferocidad que el toro, que no embistiera si no se le ostigara.»

Donde no se lidian toros, hay carreras de caballos; y para estas bestias quizá no sea preferible, á morir de una cornada, espirar con los pulmones entre los dientes por haber corrido dos leguas en diez minutos buscando el oro de la apuesta..... de sus amos.

Y si no hay carreras, hay batallas abundantes, gracias á Dios, y *cuadros* en ellas, cuyas bayonetas mechan en un instante un escuadron que acude á desordenarlas, porque los hombres no han podido conseguirlo.

Todos estos y otros muchos *fávores* por el estilo, tienen que agradecernos los animales que más nos sirven y acompañan, incluso el fidelísimo can, cuya raza medio extermina todos los años la estrignina, con el filantrópico objeto de acabar con media docena de excepciones rabiosas, que son precisamente los únicos perros que no comen la morcilla traidora.

Pero no se contenta el hombre con esto sólo; no ejerce su tiranía exclusivamente sobre aquellos irracionales que encuentra en su terreno y pueden ayudarle ó estorbarle. Surca tambien los mares, y de su seno roba el sabroso pez, y le frie, á veces vivo, ó le reduce á la triste condicion de cautivo en una mezquina vasija, ó cuando más en una tinaja, donde le exhibe por dos cuartos al son de un organillo saboyano. ¡Digno destino de un sér que tuvo por cuna y por barreras de su libertad el seno y la extension del Océano!

Armado hasta los dientes, penetra asimismo en las montañas y en los bosques, y destroza cuanto pasa al alcance de su plomo mortífero: lo mismo cae entonces la tímida cierva que el valiente jabalí; lo mismo persigue sañudo y feroz al oso forzado, que al débil gazapo; y lo mismo le deleita la agonía del primero que la del segundo. Su único afán es matar, sin más objeto que la gloria de la matanza.

Entre tanto, acosado por el hambre, ó extraviado en la

senda, un fiero morador de las selvas baja un día al valle; pasa rápido junto á la morada de un hombre; halla delante una res de la pertenencia de éste, y le tira una zarpada que vale al salvaje animal media libra de carne. Sábelo el hombre; toca á concejo; ármanse los vecinos; echan tras la fugitiva bestia; alcánzala en el monte; dánle una batida, y acaban con su vida á palos. Cunde la noticia del suceso; apodérase de ella la prensa; desgañítase ésta pidiendo á las autoridades que exijan á sus dependientes *ad hoc* la más exquisita vigilancia; llama *héroes* á los apaleadores, y no parece sino que el equilibrio del globo terrestre dependió del buen éxito de la paliza aquella.

¿La llevarían menuda los hombres, si despues de esta y otras fechorías fuesen llamadas las bestias á legislar sobre la tierra?

Mas contra esta consideracion se subleva nuestro orgullo de raza. O somos ó no somos hombres. ¿Lo somos? Luego el mundo y cuanto en él y sobre él crece y respira nos corresponde.

Niego resueltamente este principio tiránico. Si en la mente sublime del Hacedor supremo cupo, al crear la oveja y el caballo, la idea de que el hombre utilizase el vellon de la una y el trabajo del otro, no pudo ofrecerle los tormentos y la agonía de entrambos para su deleite. La crueldad y la ingratitud son vicios de la humana naturaleza, no la obra *inmediata* de quien es la suma perfeccion. Por eso los castiga inexorable.

Por tanto creo que, en el supuesto caso, merece el hombre la consabida paliza como un santo un par de velas.

Más aún: creo que el hombre es el bicho de peor intencion, más malo, más dañino de cuantos viven sobre la haz de la tierra.

Y lo pruebo con nuevas razones. Hemos visto hasta aquí que el bípedo á quien Platon llamó implume, persigue y atormenta á los irracionales siempre y en todas partes.... y *porque le dá la gana*. Se ha observado más. Al hallarse sorprendido el hombre con la presencia de un individuo de una especie que no es la suya, su primer impulso es tirarle con lo que encuentre á mano, *matarle* si es posible.

Las bestias, en su estado de libertad, huyen del hombre y viven con sus propios recursos, y las más feroces no le atacan, si en su insensato atrevimiento no vá él á provocarlas en sus recónditas guaridas. El mismo tigre no mata si el hombre no le obliga á ello; la víbora no muerde si no la pisan.

Se llama *fiero* al leon y *carnicero* al lobo, porque viven á expensas de la sangre de las especies inferiores. Y ¿qué hace

el hombre? Eso mismo y *algo* más. El león no devora al león, ni el lobo al lobo; pero el hombre devora también al hombre, de lo que pueden certificar no pocas tribus salvajes de ambos continentes.

Nuestro orgullo de *raza* vuelve á sublevarse aquí, y exhibe como protesta contra ese *resabio* de la barbarie, al hombre civilizado.

Acepto el reto, por más que, probada mi tesis con relación á la especie, nada signifique contra ella la excepción del individuo.

El hombre de la civilización devora también á sus semejantes.

Como pueblo ataca al de enfrente por ensanchar un palmo más su territorio, ó por vengar la *injuria* envuelta en una frase que su misma diplomacia no ha logrado descifrar; y en estas perdurables empresas sacrifica millares de víctimas, que ni el consuelo tienen al morir de saber por qué se han batido; tala los campos, arrasa aldeas, villas y ciudades, y siembra el luto y la desolación por todas partes.

Como individuo, explota, humilla, veja y martiriza á cuantos halla un grado más abajo que él en la escala de la fortuna; por satisfacer una venganza mezquina acecha á su enemigo, y rastroso y cobarde, le clava un puñal en el corazón; tiene *esclavos*, así como suena; esclavos á quienes apalea y acorralla, y vende, y cambia, y anuncia, como si fueran bestias; y por último, so pretexto de un *pudor* que, á serlo, inflamará al mismo Lucifer, más de dos veces arroja al fondo de una letrina el fruto de su propia sangre.

Para coronamiento de gloria de la especie, recuérdese que esta *necesita* una ley y un verdugo para *matar* con hierro á quien con hierro mata.

Ahora respóndaseme con franqueza:

¿Es esto *devorar* á sus semejantes? Y si no lo es, de ello á comerse uno al vecino en pepitoria, ¿hay muchos pasos de distancia?

Que se ponga de moda en París la carne humana como se ha puesto la de caballo, y, aunque no pecho de rollizo, verán ustedes lo que tardo yo en liar el petate y en buscar más que de prisa una guarida donde jamás haya respirado la prole de Adán.

Entre tanto, bueno es que conste que veinte siglos há dijo Plauto: *Homo, homini lupus*: el hombre es lobo para el hombre.

Su enfermedad como se vé, procede de muy atrás; y como quiera que, lejos de decrecer, ha ido en aumento, puede fun-

darse en ello la esperanza de que, si Dios no lo remedia, no ha de sanar en los siglos de los siglos.

Tal es el único consuelo que puedo ofrecer en este instante á las especies inferiores que, *como el hombre* mismo, gimèn bajo la tiranía del *lobo* del poeta.

JOSÉ M.^a DE PEREDA.

A UN MIRADOR.

Si en tus limpios cristales
cuantos miran, traidores ó leales,
hallan solo desdenes,
¿cómo, avaro de bienes
y pródigo de males,
siempre quien mire á tus cristales tienes?

AMÓS DE ESCALANTE.

¡ NO MAS FANTASIAS SOBRE MOTIVOS DE ÓPERAS !

Si alguno de los antiguos tocadores del *salterio* resucitara delante de un piano de cola, de Erard, en el cual se estuviera ejecutando una de esas *fantasías brillantes* que inundan hoy los conciertos de salón, tan grande habia de ser su asombro, que trataría de huir dudando si aquello era un instrumento músico ó si estaba en medio de una tempestad.

Los rugidos del viento imitados con las escalas cromáticas, el huracán con los arpeggios, los truenos con acordes de todas clases, no dejarían percibir á su oído, fatigado por el estrépito de la tormenta, los pedazos de un tema arrancados quizá de alguna sublime inspiración melódica y confundidos allí entre el torbellino de una asombrosa ejecución que muchas veces no tiene más mérito artístico que el de un prestidigitador notable.

No hace mucho tiempo que una *redonda* ejecutada modestamente en un *clave* hacía las delicias de una numerosa y distinguida reunión; hoy nadie puede lanzarse á un concierto de tono sin una fantasía de Thalberg ó de Liszt, que ponga á prueba la tensión de las cuerdas de un magnífico piano de cola.

Si de inocentes pecaban los placeres musicales de aquella época, preciso es confesar también que el gusto moderno tiene mucho de churrigueresco.

El inteligente admira con paciencia, al escuchar una de esas fantasías, la corrección en el *docté*, la facilidad en el paso del pulgar, la igualdad suma en el ataque de las notas de un arpeggio, la limpieza en una escala, el esmero en el ejercicio de *saltos*, la precisión en las novenas y décimas; y en fin, toda la gimnasia con que hoy aturde sobre un teclado un

pianista de fama. El que no es inteligente solo trata de descartar en su interior toda la hojarasca de la composicion para entresacar el tema, que casi siempre es de una ópera, sintiendo verle mutilado entre aquellos aparatosos alardes de ejecucion: por eso, cuando el tema le es desconocido, ni aun le queda el placer de ir adivinándola entre aquel laberinto de arpeggios.

Concluida la fantasía entre la salva de aplausos de ordenanza que muchas veces parecen continuacion de la misma pieza, suele exclamar el auditorio, admirando las dotes del pianista: «¡Qué ejecucion!» Ahí está caracterizado el gusto moderno. Probablemente á nadie habrá hecho sentir esa ejecucion lo que inspira una melodía de Bellini tocada sencillamente cual salió del sublime génio del autor de *Norma*.

No puede menos de rendirse un tributo de admiracion y de elogio, tanto á los que, mejorando sucesivamente el clavicordio, han logrado presentar los pianos en el estado de perfeccionamiento en que hoy se hallan en las fábricas, como á los eminentes autores que, dotados de una habilidad especial, han conseguido vencer todas las dificultades del arte, produciendo, por medio de multiplicados recursos, efectos asombrosos y delicadas combinaciones que nada dejan que desear.

Dignos son de aplauso los maestros modernos que, con los estudios de Bertini, Cramer, Clementi, Herz, Hummel, Czerni, Prudent, Thalberg, Liszt, Hendel y otros van llevando á sus discípulos insensiblemente por todos los grados de dificultad que el arte ofrece, colocándolos á una altura que antiguamente no podia haberse previsto.

Dignos son tambien de aplauso Marius que hácia el año de 1716 presentó á la academia de París dos clavicordios con martillos en vez de láminas para herir las cuerdas; Gottlob que por la misma época habia inventado un mecanismo semejante en Dresde; Cristofoli que le perfeccionó en Florencia por medio de los apagadores; Petzold que llevó de Sajonia á Francia el sistema de *escape* de los martillos; y por último los fabricantes modernos que, como Erard, construyen unos pianos que reunen todas las condiciones necesarias para la ejecucion de las más difíciles piezas.

Pero es necesario tambien reconocer que los pianistas, deslumbrados quizá por ese mismo admirable progreso, por esos adelantos asombrosos, han sacado la música de su centro, empleando muy mal esa ejecucion y haciendo del teclado una especie de trapezio en que se sacrifica el sentimiento estético á las evoluciones gimnásticas de la mano con las que se aturde, más que se cautiva, la atencion del auditorio.

No es esto decir que en la música de piano haya todo de reducirse á sencillas melodías, no. Lo que esto significa es que esa ejecucion debiera emplearse en composiciones que la reclamaran por el asunto propio, no para vestir de arpegios y escalas cantos que no necesitan en verdad de tales atavíos para despertar el sentimiento de lo bello.

Empieza la *fantasía* por no tener propiedad en el nombre. Dábase antiguamente el más modesto de *variaciones* á ese género de piezas musicales en que, al través de más ó ménos complicados adornos, se divisa el motivo principal de la composicion.

Llamar *fantasía* á un trabajo de paciencia, cuyo único objeto es combinar una melodía de otro autor con arpegios, escalas y ejecucion de pasos difíciles tan artificiosamente que una misma nota sirva para la frase del canto y para el adorno, es casi lo mismo que llamárselo á la resolucion de un problema de matemáticas. ¿Qué hay de fantástico en esas composiciones que más que todas exigen encadenamiento y sujecion de la facultad creadora? ¿trabaja acaso libremente la imaginacion en buscar el arpeggio que ha de combinarse por fuerza con los puntos de una frase melódica? ¿qué fantasía haría un poeta á quien obligasen á que cada verso empezara y concluyera con una letra determinada?

Pero lo de menos sería el nombre si la crítica no tuviera más motivos en que fundarse, tratándose de esas composiciones musicales. De ellas puede decirse con mucha oportunidad que ó sobra el tema ó sobra la variacion.

Para oir las bellezas de un trozo del *Moisés*, de *Los Hugonotes*, de *Lucía* ó de *Sónámbula*, están de más todos los adornos que no hayan sido inspirados al génio de sus autores. Ni Rossini, ni Meyerbeer, ni Donizetti, ni Bellini necesitaron del fárrago de los pianistas modernos para dar brillantez y colorido á sus pensamientos. Y lo más doloroso es que, léjos de ganar la melodía con ese laverinto de escalas y arpegios combinados, se confunde, se oscurece, se desnaturaliza. Y no puede menos de ser así; prescindiendo de que muchas veces se sacrifica la pureza del canto por un rasgo violento de ejecucion, hay que tener presente que casi siempre la nota de la melodía viene de escape en la carrera de un arpeggio; con lo cual no solo se divide la atencion, sino que es demasiado rápido para la naturaleza de la frase el modo de herir la tecla.

Cierto es que en el piano no puede prolongarse el sonido como en otros instrumentos; pera esta circunstancia no ha de apreciarse tan en absoluto que, producido de cualquier modo el punto de una frase, crea el pianista que tiene tiempo

para darse un paseo por el teclado mientras llega la ocasion de seguir el canto.

Si se trata simplemente de lucir ejecucion, aturda á su auditorio con toda su gimnasia; pero no le engañe diciéndole que vá á tocar la plegaria del *Moisés*. Ejecute arpeggios, escalas y cuantas dificultades tenga el arte; pero deje entonces quietas las melodías de inspiracion.

¿Qué se diria si se publicase una *fantasía sobre motivos del Don Quijote*, y todo el mérito de la obra se redujera á combinar unos cuantos períodos de la sublime obra del inmortal Cervantes con un fárrago de insulsa palabrería?

Y ¿qué se diria del pintor que quisiera copiar la Perla de Rafael y embadurnara el lienzo con un frondoso bosque, cuyas hojas combinadas de cierto modo hicieran descubrir allá en el fondo, algo confuso del cuadro del rey de los pintores? Aunque las hojas hicieran la misma ilusion que aquella mesa de un célebre cuadro de Murillo, que engañó, segun cuentan, á un pájaro extraviado en la catedral de Sevilla, ¿no se les ocurriria á todos, al ver la *fantasía sobre motivos de La Perla*, que su autor debia dedicarse á pintar bosques sin acordarse de las inspiraciones del sublime Rafael?

Es indudable, y así lo ha consignado un eminente pianista, que la importancia de los arpeggios está en razon directa de la decadencia progresiva del pensamiento melódico. Handel, Rameau y otros autores de su tiempo desconocieron el uso del arpeggio: Mozart, Cramer y Clementi solo le emplearon para efectos muy secundarios. En las *fantasías brillantes* se le dá un lugar preferente abusando de él los pianistas modernos en la ejecucion de todas las piezas. Combinanle casi siempre con la parte melódica de algunos trozos de óperas, quitando al canto su propiedad, desfigurándole y confundiéndole.

Si se toma el andante de un ária que representa una situacion grave y severa, ¿qué razon ha de haber para desnaturalizarle y oscurecerle entre la profusion de arpeggios que, por lo mismo que suponen la carencia de todo pensamiento místico, nada dicen al corazon?

Y si el autor de la fantasía no tiene ingénio para emplear esa ejecucion en asuntos propios, no profane al menos sublimes inspiraciones, hácia las cuales debe sentir un respeto profundo, no atreviéndose á añadir nada á la idea que brotó del verdadero génio.

Es un dolor ver los asombrosos adelantos que en el piano se han hecho y ver sin embargo descarriado el gusto de los pianistas. Si resucitaran Hayau y Mozart que, para traducir sus pensamientos, no contaban más que con un piano en em-

brion, sin fuerza, sin estension, sin consistencia en el mecanismo de los mazos, ¡cuánto partido sacarían del piano moderno y de la ejecucion de los pianistas!

A los autores que hoy están más en boga no se les puede negar un exacto y profundo conocimiento de todos los efectos del piano; pero mientras se limitan á glosar melodías robadas con mengua de la pureza y propiedad del canto, no demostrarán que en ellos arde el génio creador. Láncense, guiados de un noble deseo, á regenerar el buen gusto, creando composiciones en que desplieguen toda la brillantez de la más acabada ejecucion, como efecto reclamado por la energía del asunto, no como adornos postizos y fundidos en un mismo molde para cuantas inspiraciones puedan robar, siempre que se presten á ser combinadas por sus eternos arpeggios.

Cuando se consiga que el pianista conmueva al auditorio, ya por la delicadeza y espresion de algunos cantos ó ya por la energía de otros en que puede hacer lucir el autor todas las combinaciones más difíciles del arte sin recurrir á asuntos prestados, entonces se verá empleada oportunamente esa ejecucion que hoy hace que los pianistas, recorriendo el teclado por rápidos ejercicios, más parezcan gimnastas que músicos.

Al gusto moderno de los pianistas se puede aplicar lo del borriquismo musical de que habla Galofré en su obra *El Artista en Italia*, y es de temer que, sino suena pronto la hora de la regeneración, recurran los autores á nuevos efectos de forma y, construyéndose quizá pianos de colosales dimensiones, haya necesidad de armonizar el arte de Leotard con el de Bellini. Nadie puede poner límites á las exigencias tratándose de formas. Lo que hoy sobra por lo difícil, tal vez algun día haga reir á los pianistas venideros, como la presente época se ríe de la modestia de los antiguos tocadores del clave. En cambio, siempre se admirarán las bellezas de las inspiraciones de Mozart y de Rossini, como no dejarán de admirarse nunca los cuadros de Rafael ni las obras de Cervantes, que esa es la prerogativa del verdadero génio.

M. D. DE QUIJANO.

A LA GLORIA.

Salve, Gloria divina,
Yo te amo con cariño el más profundo,
Cual ama el pez al mar, el hombre al mundo,
Y el ruiseñor la esfera cristalina.
Tú iluminas mis pasos en la tierra,
Tú eres norte constante en mi camino,
A tu luz refulgente
Cruzo el mar turbulento del destino,
Como el piloto á quien en noche umbria
Faro que vé á lo léjos esplendente
En su navegacion sirve de guía.
En vano alguno intentará decirme
Que eres fantasma que soñando veo,
Siempre, sin que consiga persuadirme,
Repetiré que en tu existencia creo.
«Solo es mentira, me dirá, la Gloria,
Solo engaño halagüeño;
Es ficcion de poetas ilusoria,
Es de la humana inteligencia sueño.
Solo existe en la ardiente fantasía;
Yo, jóven como tú, cual tú creia,
Mas hoy ya convertido en triste anciano
Comprendo fué mi pensamiento vano.»
Yo le responderé: «La Gloria existe;
No es un fantasma que soñando miro;
De sus reflejos claros,
Al resplandor, admiro
A los varones grandes y preclaros.
Ella de Calderon, Cortés, Cervantes,
De Córdova, de Herrera
Ilumina las tumbas, cual brillantes

Iluminan los astros á la esfera;
Ella concede el premio merecido
A la virtud, al génio y al talento
De los ilustres que en el mundo han sido.

»No existe, me decís. ¿Pues quién de Homero,
Virgilio, Camoens, Cervantes, Milton,
Llegar hasta nosotros hizo el nombre,
Siempre aumentando en su esplendor primero,
Siempre causando admiracion al hombre?

¿Quién libra del olvido
El ínclito valor del Espartano,
Cuando allá en las Termópilas,
Por la traicion y el número vencido,
Dobló el cuello á la muerte, no al tirano?

¿Y quién á la constancia numantina,
Y al cántabro valiente,

Y al génio prepotente
Que de Cristo plantó la cruz divina
En el americano continente?

Solo ella; que en sus alas han volado
Sus nombres por los ámbitos del mundo;
Si él los ha contemplado
Con respeto profundo,

Es porque existe esa divina Gloria,
Y no es ficcion poética, ilusoria.

«Conseguireis la nieguen los menguados
Que esclaviza el más vil positivismo.

Por quien son despreciados
La virtud, el talento, el heroismo;
Aquellos que en el oro ó la molicie
Sola encuentran contento,

Y á amontonar riquezas infinitas,
O la vida arrastrar de sibaritas,
Encaminan su intento;

Esos la negarán, pues para ellos
No reserva sus mágicos destellos.

Pero el mortal que en su interior no enciende
Luces á ese interés vil y mezquino,
Y tan solo pretende

Sacrificarse por lograr eterno
Nombre adornado de laurel divino.
Jamás podrá borrar de la memoria
La imagen esplendente de la Gloria.»

Tal les diré; y seguirás tú siendo,
Deidad hermosa, de mi vida faro;
Seguiré en tí creyendo,

Que tu eres la esperanza
Que vislumbra mi vista en lontananza.
Tú eres mi aspiracion, tú mi deseo;
Por logarte gustosa el alma mia
El cáliz del dolor apuraria
Cual Colon, Belisario y Galileo.
Hoy mi cancion más pura
A tí dirijo en mis floridos años,
Cual á aquello en quien cifro mi ventura.
Mañana al borde de la tumba fria
Me encontraré sin voz y sin aliento;
Ya no podrá volar mi pensamiento
En alas de ardorosa fantasia,
Ni de mi lira las cansadas cuerdas
Podrán vibrar canciones
Que se alcen arrogantes
De tu morada escelsa á las regiones;
Pero siempre mi pecho reservado
Albergará el cariño
Que desde tierno niño
Te tengo profesado,
Y siempre he de aspirar á que del sáuce
Que cobije mi yerta sepultura,
Sobre él luciendo esplendorosa estrella,
Ilumines la lánguida tristura
Oh Gloria! con tu luz mágica y bella.

FIDEL GONZALEZ DE BUSTAMANTE.

EL AVERIGUADOR DE CANTABRIA.

42. ¿Quién era el calvinista Antonio del Corro, dónde nació y en qué obra se habla de él?

UN EXTRANJERO.

43. ¿A qué llamaban los montañeses *borona*, cuando aun no era conocido en su tierra el *maiz*, que ahora lleva aquel nombre? ¿Qué significa la voz *borona* y cuál es su etimología.

H.

44. ¿Se conserva algun ejemplar del apeo de la merindad de Asturias de Santillana hecho por Alfonso de Escalante, Oficial mayor del cuchillo del infante D. Fernando, en virtud del poder que este le otorgó en Ledesma á 4 de Setiembre de 1403?

B.

45. Se supone que Pelayo tuvo una hermana que se casó con Munuza. ¿Cómo se llamaba esta señora y en dónde se supone que está enterrada?

UN EXTRANJERO.

Contestacion á la pregunta 36.

La verdadera patria del benedictino Fr. Francisco Sota, segun él mismo asegura en su crónica de los Príncipes de Asturias, es Puente de Arce, en el valle de Piélagos.

E. P.

Contestacion á la pregunta 37.

D. Domingo de la Palenque vecino del lugar de Carasa, sa-

bemos que escribió por los años de 1640 un sucinto noviliario de las casas ilustres de Trasmiera y Castilla la Vieja, cuyo original obraba en poder de D. Fernando de Velasco en 30 de Setiembre de 1712.

E. P.

Réplica á la «contestacion á la pregunta 22.»

«¿Qué fruto saca la humanidad de las investigaciones de algunos cervantistas intérpretes del sentido *esotérico* ú *oculto* del *Quijote*?»

Esta fué mi pregunta, Sr. C. M. de la R.; á la cual contesta V. diciendo que la *ciencia del trabajo* es la que más beneficios presta á la humanidad (pase lo del *trabajo*, pero no paso lo de la *ciencia*) y que el Sr. Piernas y Hurtado la ha prestado, por ende, un gran servicio, recopilando y publicando *Los refranes económicos del Quijote*.

Responder esto á lo que yo he preguntado, es apearse por las orejas.

Dada la claridad de la pregunta, no habia para qué sacar á plaza á ese señor que hace *economista* á Cervantes, como pudo V. haber sacado tambien á Sbarbi que le hace *teólogo*, á Gamero que le hace *jurisperito*, como Morejon le hace *médico*, y F. Caballero *geógrafo*, y C. Fernandez *marino* despues de haberle hecho *cocinero*!.... ó á tantos otros que en su afan de escarbar el *Quijote* han llevado su devocion cervantesca, muy justificable y hasta patriótica cuando está en su punto, á los extremos de una manía pueril, sino ridícula; porque es de sentido comun que dejaría el famoso libro de ser un portento entre las creaciones del ingenio humano si no tuviera de todo, lo mismo para los que *sienten* que para los que *saben*. Pero es el caso que entre tantos rebuscadores de especiales y *patentes* sabidurías y merecimientos, hay algunos que han pretendido cavar más hondo todavia en el *Quijote*, con el objeto de hallar el intríngulis de aquella fábula admirable, cuyo relevante mérito consiste en que sábios é ignorantes, niños y adultos, propios y estraños la hayan comprendido á la primera lectura, y la hayan admirado *como está escrita*. Entre muchos ejemplos de rebuscadores de esta especie, citaré al Sr. Bènjumea, el cual ha gastado lo mejor de su vida en averiguar que donde dice *Dulcinea* debemos leer *pátria* los simples mortales, y *libertad* donde dice no sé qué, y Juan donde se lee Pedro, sobre cuyas interpretaciones parece que tiene el infatigable cervantómano la friolera de catorce volúmenes escritos. De manera, que á creer

al Sr. Benjumea, habria que convenir en que el mundo entero habia estado durante tres siglos admirando un libro que, despues de todo, no era más que una alegoría estúpida, tan estúpida que solo un mortal ha logrado, al cabo de trescientos años, saber lo que el autor quiso decir con ella en asunto tan sencillo.

Esto es lo que se llama, Sr. C. M. de R., sentido *esotérico* ú *oculto* del *Quijote*. ¿Lo entiende V. ahora? Pues por ahí le duele á mi pregunta, la cual reproduzco y mantengo, por si algun aficionado quiere, ó sabe responderla, no como usted, sino *al caso*.

P.

SECCION BIBLIOGRÁFICA.

MEMORIA leida en la apertura del curso de 1876 á 1877 en este Instituto provincial, por su director D. AGUSTIN GUTIERREZ Y DIEZ, Doctor en Filosofía y Letras, catedrático de Psicología, Lógica y Ética, etc., etc.—Santander.—1876.—Imprenta de Telesforo Martinez.

Este pequeño trabajo, digno por cierto del talento é ilustracion de su autor, contiene dos cosas; unas consideraciones muy sensatas sobre la importancia y trascendencia de la instruccion pública, y unos datos muy elocuentes sobre los progresos que vá haciendo en esta provincia la enseñanza, así como el establecimiento principal en que se proporciona. En el conjunto de la obrita brilla muy sana doctrina, ideas de gran peso y pensamientos bellos, y el lenguaje tiene pureza, correccion y armonía como todo el que usa dicho señor Gutierrez.

S.

Obras que se hallan de venta en la Administracion de

LA TERTULIA.

La novela entre los latinos, tesis doctoral de D. Marcelino Menendez y Pelayo.—Santander, 1875.—Precio, 6 rs.

Estudios críticos sobre escritores montañeses. 1.º Trueba y Cosío, por D. Marcelino Menendez y Pelayo. — Santander, 1876.—Precio 12 rs.

Escenas montañesas —Colección de bosquejos de costumbres, por D. José María de Pereda.—Madrid, 1864.

Tipos y paisajes.—Segunda serie de *Escenas Montañesas*, por D. José María de Pereda. Madrid, 1871.

Costas y Montañas.—Libro de un caminante, por Juan García.—Madrid, 1871.

En la playa (acuarelas).

Marina.—*Un cuento viejo*.—

Bromas y Veras.—*A flor de agua*. — *La Luciérnaga*, por Juan García.—Madrid, 1873.

Del Manzanares al Darro.—(Relacion de viajes), por Juan García.

Del Ebro al Tiber.—Recuerdos, por Juan García,

Hijos ilustres de la provincia de Santander.—Estudios biográficos, por D. Enrique Leguina.—Un tomo, Madrid, 1875.

Obras de D. Benito Perez Galdós.

EPISODIOS NACIONALES.

Trafalgar (2.ª edicion).
La corte de Carlos IV (2.ª edicion).

El 19 de Marzo y el 2 de Mayo (2.ª edicion).

Bailén (2.ª edicion).

Napoleon en Chamartin.

Zaragoza (2.ª edicion).

Gerona.

Cádiz.

Juan Martin el Empecinado.

La batalla de los Arapiles.

El equipaje del rey José.

Memorias de un cortesano de 1815.

La segunda casaca.

El Grande Oriente.

En preparacion.

7 de Julio.

Los cien mil hijos de San Luis.

El terror de 1824.

Un voluntario realista.

Los apostólicos.

Un faccioso más y algunos frailes menos.

Precio de cada tomo, dos pesetas en toda España.

LA TERTULIA.

SEGUNDA ÉPOCA.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica en Santander los días 1.^o y 15 de cada mes, en entregas de 32 páginas, de esmerada impresion.

Precio 4 rs. al mes, tanto en Santander como fuera, franco de porte.

Se suscribe en su Administración, calle del Arcillero, número 1, piso 1.^o



(PRIMERA ÉPOCA.)

COLECCION

de artículos humorísticos, pensamientos poéticos, charadas, enigma-charadas, dobles enigmas, acertijos, logrogrifos, rompe-cabezas y otros escesos,

POR

VARIOS INGENIOS MONTAÑESES.

Forma un tomo en 8.^o de 404 páginas de esmerada impresion.

Su precio 20 rs., y 12 rs. para los suscritores en Santander y 15 fuera, franco de porte certificado.

Los pedidos, al Administrador de La Tertulia, Arcillero, 1, principal.